

DIARIO DE UNA CUARENTENA

LA CASA AMURALLADA

FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA



FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

LA CASA AMURALLADA

canarias
eBook 

COLECCIÓN

DIARIO DE UNA CUARENTENA

ÍNDICE

CRÉDITOS.....	4
PRÓLOGO	5
1. LA CASA AMURALLADA	9
2. LOS APLAUSOS	11
3. CAMILA.....	13
4. EL ESCONDITE.....	15
5. CÓDIGO MORSE.....	17
6. PASTEL DE CABRACHO	19
7. EL BESO	21
8. MET	22
9. LA TRANSVULCANIA.....	24
10. DOMINGO DE RESURRECCIÓN.....	26
11. LA GUAGUA.....	28
12. EL UNIFORME.....	30
13. EL RATONCITO PÉREZ.....	31
14. EL MIEDO.....	32
15. EL SINTROM.....	33
16. LA PELUQUERÍA	35
17. QUINIENTOS EUROS	37
18. ROBINSON CRUSOE.....	39
19. VENECIA.....	41
20. EL ENTIERRO	43
21. CIFRAS.....	45
EPÍLOGO	47
BIOGRAFÍA DEL AUTOR.....	48

CRÉDITOS

1ª edición, ABRIL de 2020

© de los textos: FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA

© de la ilustración de cubierta: *El violinista en la ventana*, de Matisse

© del ebook: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

ISBN: Edición no venal

Revisión de ortografía y estilo: CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

Edición de CanariaseBook / Cam-PDS Editores SL

C/ Domingo J. Navarro, 23

35002 • Las Palmas de Gran Canaria

Tfno.: 928 054 344 • Móvil: 695 571 983

ediciones@canariasebook.com

PRÓLOGO

El COVID 19 nos ha amurallado la casa. Ha convertido nuestra existencia en el guion de una distopía, de una película apocalíptica de la que, sin habernos presentado a ninguna prueba de reparto, somos protagonistas bien a nuestro pesar.

Escribo estas líneas el Domingo de Resurrección; justamente este día, 12 de abril, fue el señalado por el Gobierno en primera instancia para terminar con el estado de alarma. Las circunstancias han obligado a retrasar dos semanas más ese día D que esperamos como la liberación de este encierro.

Cuesta —al menos, a mí me cuesta— asociar este estado de sitio con las guerras, sobre todo por respeto a todos aquellos que han padecido y padecen tales conflictos bélicos. Pero la realidad muestra que, si no es una guerra, se le parece en extremo. Ahí está el número de muertos que se eleva a diario, la comparecencia continua de los representantes políticos y de las fuerzas de seguridad, el propio confinamiento...

Pese a todo, el manual de resistencia con que nacimos los humanos está dando sus resultados, ya se atisba la derrota de ese cruel asesino que nos ha herido y humillado. Por supuesto, en este sentido, nuestro mi más rendido homenaje a todos aquellos que se están jugando la vida literalmente por luchar en primera línea de combate —los esenciales—, a los que aplaudimos cada tarde con el ánimo compungido

y la esperanza en ristre. Los que formamos parte de la retaguardia servimos a la causa con el enclaustramiento.

La cultura ha mostrado ser también muy útil. Los artistas han llenado nuestras casas amuralladas de conciertos, libros, películas, series, exposiciones de pintura, que nos entretienen y nos dan vías reflexivas sobre lo acontecido.

También nos permite el arte la posibilidad de exponer, de desembocar, el arsenal complejo de pensamientos que albergamos en estas fechas complicadas. He cazado esta idea al vuelo y he recurrido a la escritura para dar cuenta, a través de estos cuentos breves, de veintiuna historias del confinamiento.

Estos cuentos nacen desde el miedo y la aversión a esta realidad impuesta por el virus; pero se impone en ellos una optimista —incluso humorística— confianza en la condición humana. Aquí, en las casas amuralladas, estamos al acecho.

Esperamos en cualquier momento la orden de retirar el cerco y abrazar las vidas que dejamos fuera.

*A Francisco, en la trinchera de su hospital.
Y al resto de aquellos que merecen a diario los
aplausos.*

*El mundo es grande. Dentro de una casa
no cabrá nunca. El mundo es grande.
Dentro de una casa —el mundo es grande—
no es bueno que haya tanto sufrimiento.*

Antonio Gamoneda, «Blues de la casa»

1. LA CASA AMURALLADA

Un asesino anda suelto en las calles, su crueldad no conoce límites. Es despiadado y no mata por dinero, esto lo hace aún más peligroso e impredecible.

En las fronteras no han logrado detenerlo. Es escurridizo y logra sortear los controles con soltura. Es un profesional de la vieja escuela, conoce todos los trucos para escabullirse.

Tiñe de luto los países que cruza. El manto negro que cubre los mapas es bárbaro resultado de su mortífera destreza, a la que debe fama.

El pánico se ha desbordado. Ordenan que todos los civiles se escondan en sus hogares y tapien las puertas y ventanas. Hay que evitar sus cuchilladas, son hondas y certeras.

En la ciudad se oyen los temibles retumbos de las herraduras de su bridón al golpear la tierra. Es un caballo de batalla imponente, una máquina de matar.

Algunos valientes guerreros han logrado cortarle una de sus cabezas, pero tiene la sangre de la hidra y le crecen tres nuevas al instante. Cunde el desaliento; pero ya se prestan nuevos guerreros, traen las hojas afiladas.

Es un enemigo que parece invencible, pero no lo es; dejamos que se lo crea. Su talón de Aquiles es la soberbia. No debería despreciar a sus víctimas, el hombre de Atapuerca cazaba con estrategia hace cuatrocientos mil años.

En las casas amuralladas se pule el arma de la paciencia.
Hay que hacerlo con esmero, sin prisas, como se limpia la
plata. El asesino encaja mal este refinado arte de resistencia.

2. LOS APLAUSOS

Salimos a los balcones a las siete en punto —una hora menos, estamos en Canarias— y aplaudimos. Al principio daba algo de corte, pero ahora estoy atento al reloj para salir un par de minutos antes.

Los aplausos suenan bastante en unas calles vacías de gente. Es una algarabía en este silencio vírico.

Más o menos salen los mismos vecinos, con algunos de ellos he empezado a hablar estos días desde el balcón.

Escucho en la tele a los profesionales homenajeados afirmar que sí, que en la guerra que libran les llegan los aplausos y les alientan. Esa es la intención, soy útil.

Son los héroes de estos tiempos, nadie lo duda. A quien se le ocurrió la idea de aplaudirles desde los balcones deberíamos también homenajearle.

Encarni, del barrio de Santutxu en Bilbao, se ha convertido en la primera sanitaria que ha muerto por el coronavirus. Los crespones negros se ensartan con alfileres de duelo en los corazones. Los aplausos arrecian.

En mi calle hay un sintecho que también aplaude con ahínco. Levanta sus manos y lleva a cabo a la perfección el arco del aplauso, con una simetría que parece ensayada para una actuación de circo o una obra de teatro. Lo rodean seis o siete bolsas de plástico con sus pertenencias. No entiendo

cómo es capaz de trasladarse con ese equipaje de un lado a otro.

Un arranque solidario me empuja a buscar al sintecho para subirlo a mi balcón y aplauda como es debido, pero me retiene el miedo a infectarme.

3. CAMILA

Siempre he elegido mal. Murphy, el de la celeberrima ley, debió tener en mente a alguien como yo cuando la elaboró. Y eso que pongo empeño, tanto que a la hora de elegir me duelen los ijares.

Me ocurrió con la carrera. Hice Económicas cuando lo que siempre me atrajo fue Bellas Artes. Aquí tengo el atenuante de la tozuda insistencia que ejerció mi padre, nunca vio a los artistas más allá de un ejército de ociosos.

En el banco me ofrecieron la dirección de una sucursal y me fui del departamento de contabilidad. Otra mala decisión. La búsqueda de clientes no es lo mío, no soy una cazadora. La sangre, de cualquier tipo, me marea.

Por solo siete mil euros más me hubiese comprado uno exterior, con balcón y vistas a un extremo del puerto, donde anidan los contenedores. No fue por avaricia, creí no necesitar más que un piso interior de dos dormitorios.

Al tercer café que me trajo al despacho ya constaté que Fernando me requería en serio. Sus requiebros eran de pena, no llegaban ni siquiera a ser risibles. Cuando me presentó a su hermano en la oficina, calibré que Gustavo era perfecto.

Yo lo veía perfecto. Un galán ocurrente y atractivo, la fórmula de Cary Grant que me resulta irresistible. Por eso me desgarré cuando me dejó por una antropóloga recién graduada.

Fue un año y medio de convivencia con Gustavo. Dieciocho meses, setenta y ocho semanas, quinientos cuarenta y siete días y medio. En ese tiempo pensé que por fin había elegido bien, me equivoqué. Fernando se casó con Cristina, de Recursos Humanos.

Fui a la tienda con la decisión tomada, la soledad es una tundra pantanosa. Me recomendaron una mascota: «Te hace tanta compañía y te entiende hasta mejor que una persona; ya verás, parece que te habla».

Remiré entre las mascotas y me traje a casa a Camila. Volví a elegir pésimamente. Con lo bien que me hubiera venido ahora un perro para salir a la calle y dar un paseo, tuve que elegir a una gata.

4. EL ESCONDITE

Llevo casi dos horas leyendo a Proust y no quiero empezar a ver aún *La costilla de Adán*, la película que he elegido para la sesión vespertina. Esta arranca a las diecisiete horas con té y galletas danesas de mantequilla.

No debo saltarme los horarios, dicen que es contraproducente; pero algunos días el tiempo se envuelve en plomo y cuesta derretirlo para que fluya. Para tal menester he inventado un particular juego del escondite. Escondo los objetos más diversos en los lugares más recónditos de mi apartamento de cuarenta y cinco metros cuadrados. Ojo, es en pleno centro.

Los primeros días no tuvieron mucha gracia, lo recordaba todo. Encontré sin problema al día siguiente la brocha de afeitar que había guardado en el vaso de la yogurtera; al enjabonarme, mi piel advirtió cierta acidez.

Tampoco fue difícil hallar los tomates de ensalada en la maleta de viajes que guardo en el altillo del armario; aunque maduraron antes de tiempo, los saqué ya con la piel encarnada, casi sangrantes.

La cosa se complicó cuando quise abrir una botella de Ribera del Duero y no me acordaba de dónde había escondido el sacacorchos cuatro días antes. En la zapatera, en el lugar de las sandalias, me encontré el mando de la tele. Menos mal.

Al final lo hallé entre las sábanas, mientras buscaba una funda de almohada que había colocado en la balda más alta de la estantería de la biblioteca, allí donde *La arboleda perdida* de Alberti ha desaparecido.

El Ribera me lo bebí una semana después, no sin cierta desesperación. Reconozco que quizás he ido algo lejos con mi juego del escondite, pero por nada del mundo quiero caer en las arteras garras del aburrimiento.

Voy a poner el té a hervir, he de ser puntual con mis actos. Sé que la tetera está dentro del estuche de la guitarra, pero no recuerdo dónde escondí las galletas de mantequilla. En el acuario los pececillos se relamen alrededor de la lata danesa azul.

5. CÓDIGO MORSE

Punto, punto, punto, punto; raya, raya, raya; punto, raya, punto, punto; punto, raya. Hola, en morse. Ya sé que es muy socorrida como presentación, pero por una palabra he de empezar.

Es en la planta octava del edificio acristalado de enfrente. Media entre mi balcón y el suyo las aceras y cuatro carriles. Ahora que el tráfico es mínimo, podría escucharme si le gritara como Tarzán; pero no me atrevo, vaya número.

Por eso he recurrido a la vieja técnica del código Morse. Si hubiera sido *boy scout* ya lo tendría aprendido de serie, pero no es el caso. Da igual, me meto en Google como los copistas medievales en sus libros.

Me he puesto a ensayar con la linterna del móvil. Las luces y las rayas rellenan de luciérnagas las paredes.

Mi madre me pregunta si no tengo nada que estudiar. Suspendí Historia del Derecho, Teoría del Derecho y Derecho Romano; intuyo que el derecho no me motiva.

Creo que estoy preparado. Aplaudo como todos, pero luego llamo su atención con el móvil. Cuando creo que me mira, le digo ‘hola’ en morse. Su respuesta fue la indiferencia.

No me doy por vencido, practico y practico. Ya soy capaz de escribir en morse mi número de móvil, termina en siete: raya, raya, punto, punto, punto.

Vuelvo a aplaudir; faltaría más, soy un buen ciudadano. Después agito el móvil en su dirección, hoy sí parece que está más atenta. Enciendo y apago la linterna, debo parecer un mono asilvestrado.

No fue suficiente el espectáculo, entró en casa y me dejó su hueco. A estas alturas ya podría haberme respondido con una caída de pestañas en modo de parpadeo lumínico. Un fracaso más, este en morse.

De repente suena el móvil. Número desconocido, es ella. Descuelgo. «Federico Prieto al aparato, coronel de Infantería retirado, vecino suyo de la novena planta del edificio acristalado. Hijo, ¿se encuentra usted en apuros?».

6. PASTEL DE CABRACHO

Como a pesar de todo hay que comer y el tiempo abunda, me he atrevido a entrar en la cocina con el insólito objetivo de elaborar un pastel de cabracho.

No es que odie la cocina, pero no me engancha. Quiero decir que no la odio como concepto. Convengo en que es un arte, igual o más importante que la música; sin embargo, no me produce la pasión de ejecutar la suite nº 1 en sol mayor de Bach.

Soy violonchelista de la Filarmónica. Ya, viste mucho decir que uno es violonchelista de la Filarmónica, ¿no? Lo cierto es que con el rótulo no se liga. Vivo solo desde que Luisa se fue y con ella sus arroces a banda y sus migas alpujarreñas. ¡Qué tiempos!

Mi alimentación pasa desde entonces por una entrega total, sumisión absoluta, a los menús de los restaurantes cercanos al auditorio donde ensayamos. En casa relleno el asunto con alimentos prefabricados. Ya he confesado que la cocina no me llama.

Felipe Goyeneche, el pianista, me acaba de enviar por *email* una retahíla de recetas de Juan Mari Arzak. Me aconseja que abandone los malos hábitos alimenticios. También me adjunta dos videos de yoga.

La primera receta es pastel de cabracho. Empezamos mal

porque en la ciudad donde vivo no conocen el cabracho. En una nota a pie de página se indica que se puede sustituir por merluza. Adelante.

Hice una lista con los ingredientes, fui al supermercado. Cuarenta y tres minutos exactos para entrar. Lo único que no encontré fue la salsa Perrins. Vale el pánico por el papel higiénico, ¿pero por la salsa Perrins?

Le eché luego la culpa a la nata que no se montó del todo; al zumo de naranja que fue quizás demasiado; al chorrito de vino blanco que fue más que un chorrito; hasta al pescadero por la merluza que me había vendido.

A mí me supo a un puré rancio, ralo y rosáceo; lo tiré al váter. Tuve que esperar un par de horas hasta que el estómago dejara de rabiarse, lo pude calmar con una lata de fabada.

Es lo que tiene ser previsor, la había comprado junto con los ingredientes del pastel de cabracho. Por lo pronto, voy a dejar las recetas de Arzak pendientes. Agarro el violoncelo y toco la suite nº 1 en sol mayor de Bach.

No es mal maridaje el que componen la fabada de lata y la sublime música de Bach, una experiencia gastronómica única.

7. EL BESO

Lo recuerdo muy bien, fue el miércoles 11 de marzo. Fuimos al cine a ver *Invisibles*, de Gracia Querejeta. Patricia se rio mucho, yo menos. La cincuentena me asusta; mi madre desde que cumplió los cincuenta ha empezado a transparentarse.

Para borrar el futuro que me espera en veinte años me pongo más tierna que nunca. Dio resultado. Llegamos a casa enlazadas con un nudo marinero, un as de guía que tardamos en deshacer en la cama.

Fue entonces cuando le di el último beso sin escrúpulo. Luego ya vino el estado de alarma y el lavado de manos continuo; tengo los nudillos azorados, diez lunares granas e irritados.

Patricia me ha buscado y yo, como las anguilas, la esquivo buscando la invisibilidad. He empleado la estrategia de la regla, ¡qué horror!

Para compensarla he hecho una tarta de manzana, su preferida. La come golosa, se le deshace en la comisura de sus labios, se pasa la lengua por ellos. La imagen me erotiza. Ha sido peor el remedio que la enfermedad.

Ayer se enfadó, la entiendo. Si yo no fuera tan temerosa... Las manos me huelen a lejía, acabo de limpiar los baños. Es un olor químico, artificial, antiséptico; lo más alejado del amor que se me ocurre.

8. MET

¡New York, New York, New York! El Metropolitan Opera House emite gratis una ópera a diario. Hay que vestirse de gala en casa. Cambiarse el pijama y ponerse una pajarita no es mala idea.

Ayer emitieron *Carmen*, de Bizet; pero no me dio tiempo de verla, leí tarde el mensaje de Mayte. Mayte es mi novia, es funcionaria de prisiones en Lanzarote. Aprobó las oposiciones del 2018 con un puesto bajo. No encontró plazas en la Península, así que se fue a Canarias. Yo voy cuando puedo, los pasajes son carísimos; prefiero que venga ella, le sale mucho más barato por residente.

Hoy retransmiten *La Bohème*, de Puccini. Mayte dice que no se la va a perder, tiene hasta el jueves libre. No lo comenta, pero está aterrorizada con ir a la prisión. Por el virus.

Sssshhhhhh... No me gusta la ópera. Hay que decirlo bajito, puedo pasar por un paria intelectual y de eso no hay quien se recupere jamás. Lo mío es el *heavy* y español: Barón Rojo, Leño, Obús, Ñu, Extremoduro...

Hago la gracia. Me pongo una chaqueta encima del pijama y con una servilleta emulo la corbata de pajarita. Conecto con el MET y entonces me hago el *selfie*.

Estoy más afectado de lo que creía, se me saltaron las

lágrimas cuando Ángela Gheorghiu canta el *Sì, mi chiamano Mimì*. Es que pensé en Mayte allí en Lanzarote, sola.
¿Sabes que al final Mimí muere de tisis?

9. LA TRANSVULCANIA

Por fortuna, los jadeos que emitía Cándido al teléfono no provenían de una actividad sexual. Digo por fortuna porque me hubiera resultado bastante difícil seguir hablando con él mientras lo visualizaba en tales circunstancias.

Cándido es mi abogado. Me lleva el asunto de la herencia de mi padre, un auténtico embrollo por culpa de uno de mis cuñados; mi separación con Claudia, que no cede con la custodia de los niños; y lo del ERTE que me han hecho en el hotel, ¿quién se iba a imaginar que cerraran el hotel?

Es un atleta. Lo conozco desde el instituto. Desde tan joven se tomaba el deporte muy en serio. No como un ejercicio para lucir cuerpo; menos aún para destacar en competiciones. Prefirió siempre los deportes minoritarios, como el atletismo de fondo o la natación en mar abierto, aunque tampoco ponía reparos cuando faltaba uno para un partido de fútbol o balonmano. Hasta al rugby lo he visto yo jugarse los huesos en unos placajes de susto.

Cuando habla del deporte lo hace de modo místico, es su filosofía de vida. Por eso creo que se casó con Silvia. La conoció en una maratón, congeniaron al instante. Ella es profesora de Educación Física.

Me he quedado de piedra al enterarme de que se han separado. Me lo ha dicho entre los jadeos por teléfono.

Según su versión, Silvia se marchó a casa de sus padres que viven solos. Llevó muy mal que Cándido desalojara el salón de muebles para instalar una pista de pádel, una canasta de baloncesto y un saco de boxeo. Pero la gota que colmó el vaso fue la pertinacia de Cándido en continuar con sus entrenamientos para la Transvulcania. 74,6 kilómetros. Así que se levanta a las tres de la madrugada para recorrer tal distancia en el pasillo de ocho metros de su casa. En total, 9325 vueltas.

Silvia le espetó que una cosa es el deporte y otra la locura. Le dolió. Veía en ella su alma gemela. Su amor ha sido otra víctima del coronavirus.

10. DOMINGO DE RESURRECCIÓN¹

Incluso los ateos quieren celebrar este año el Domingo de Resurrección. Es la fecha que el Gobierno ha establecido como final del estado de alarma.

Quedan dos semanas todavía de encierro, pero ya comienzan a circular los planes para ese día; cada cual formula su antojo particular.

Si se cumplen los pronósticos más halagüeños, Antonio podrá abrazar a su padre que se encuentra en la residencia. Lo tiene prohibido, pero le va a llevar una botella de John Haig; agua de fuego para el gran jefe indio.

Graciela podrá abrazar un árbol y prenderse cosida a la corteza. Es extraño porque es ciudadina de la cabeza a los pies, le chirrían hasta los arrullos de las palomas; sin embargo, su árbol está allá en el campo y tiene el tronco grueso, inabarcable.

Lo primero que hará Nieves es darse el lujo de tomar un taxi para que la lleve directo a casa de su hija, vive cerca del aeropuerto. Así podrá abrazar a su nieta de cuatro meses; le debe un mes de besuqueos, la va a moler a besos.

1. Fue escrito el 29 de marzo. Todavía no se había decretado la ampliación del estado de alarma. El cambio de fecha, creo, no modifica la esencia del cuento.

La tabla de surf solo espera su orden. Loren ha llegado hasta acostarse encima de ella en su dormitorio con el chaque y las aletas puestos. La podrá abrazar de verdad en una cabalgada sobre la ola, la gran ola.

Por mucho que he puesto atención en el tema, no he escuchado a nadie que ese domingo desee abrazar su billete de la Primitiva o el Euromillón. El coronavirus fulminó a Harpagón, el avaro de Molière.

11. LA GUAGUA

Le he tomado afecto a don Braulio y eso que no lo puso nada fácil. Su hija me advirtió que era un cascarrabias insolente. Lo de racista no lo comentó, pero también venía en el lote.

Hago el turno de noche. Me toca bañarlo, darle de cenar y meterlo en la cama. Podía haber sido más sencillo, pero se empeñó en agriarme la vida. No quería que lo tocara con mis manos de indio de mierda.

Lo peor con todo era cuando se levantaba a orinar, no quería usar pañales. Rara vez llegaba al baño, tenía que mudarle el pijama y fregar el piso con frecuencia. Eso fue hasta que lo agarré del cuello.

Se asustó de veras, yo también. Sentía en las yemas de mis dedos el latido temeroso de su sangre. Sus ojos de un gris agua se opacaron y la lengua se alongaba como una hoja de platanera morada.

Accedió a los pañales y los aspavientos se rebajaron hasta hacerse irrelevantes. Lo trocea de dolor una estenosis lumbar que le ha angostado también el alma, la ha dejado espinosa.

Fue chófer de guagua, me repite de memoria las paradas de mi línea, la 12, de ida y vuelta. Por ahí germinaron las charlas iniciales, después todo se fue encarrilando. Una noche me pidió que le leyera algo del libro que llevaba en el bolsillo.

Los *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, de Horacio Quiroga. Leí *La deriva*: «El hombre pisó blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie». Claro, se entusiasmó. Continué leyendo.

Hoy le traje al maestro Borges, ya tiene el rodaje para escuchar *El Aleph*. Antes de leer, le comento que en la guagua viajábamos solo el chófer y yo en hora punta. No me cree. Me llama embustero, cuentista; pero con respeto.

12. EL UNIFORME

Alba se ha despertado diez minutos antes de que sonara la alarma de su móvil, a las 6.50. Igual hago mal, ya se encargarán los psicólogos de echármelo en cara; pero ahora la dejo irse a dormir con el móvil.

Claro que no se duerme hasta que entro en su alcoba y la obligo a que termine de guasapear o instagramear, o como se llame eso que hace. Entonces lo apaga y lo coloca sobre su mesilla de noche. Le riño un poco; hay que mostrarse algo rígida, pero no demasiado.

La oigo desde mi cama ducharse. Me levanto obligada a prepararle el desayuno. Anoche terminé las correcciones de las escrituras que me envió el oficial de la notaría en que trabajo; se las envié por *e-mail*.

«Mamá, hazme una trenza». Y yo le hago la trenza más sencilla del mundo, porque siempre se me han dado fatal los peinados.

Come dos magdalenas y bebe la taza de colacao deprisa, sin saborearlo; deja la fruta en el plato. «Hasta luego, mamá» y me da un beso. Se va corriendo a su cuarto.

Son las 8:00. Su colegio abre la página web en punto. Los niños de su clase han decidido conectarse vestidos de uniforme. Y ella, que toda la vida lo ha odiado, en estos días lo plancha a diario.

13. EL RATONCITO PÉREZ

Muchos de los cerezos ya han florecido en el Valle del Jerte, el invierno caluroso los ha hecho adelantarse. Desde la ventana, Martina ve a lo lejos la finca de la familia moteada en blanco. Dentro de un mes las motas serán carmesíes.

Este año no han venido los turistas, su madre cerró la casa rural. También el colegio está cerrado.

Muy poca gente puede salir a la calle, lo hacen disfrazados con mascarillas. Apenas pasa un coche de vez en cuando.

Le duele el diente al comer, lo tiene suelto. «Martina, déjame verlo».

Cuando llega su padre le enseña el hueco. El diente, en una bolsita de raso, lo empuña fuerte la niña. Se festeja el suceso, Martina de seis años se hace mayor. La bolsita de raso es de unas dormilonas de bebé.

Sus padres le han prometido que sí, que vendrá, que él puede salir a la calle a realizar su trabajo; pero Martina no se imagina al Ratoncito Pérez con mascarilla.

14. EL MIEDO

Tuve que bajar yo al trastero para encontrarlo, Marcos había llevado a cabo varias incursiones sin éxito. Lo limpié bien con un paño húmedo y revisé las fichas, solo faltaba una roja. La sustituí por un botón.

Hacia una eternidad que no jugaba al parchís. Miguel y Julio, mis gemelos, no han jugado nunca y ya cumplieron los trece en febrero, el mes nupcial de los gatos.

Los obligué a jugar una partida. Lo hicieron a regañadientes, por hacerme el gusto; pero no cedí en el empeño. Hasta las gatas necesitan mimos.

Ganó Julio con las amarillas. Echó a la calle al hermano tres veces, acabaron enzarzados en una trifulca. Las dichas reyertas fraternales.

El premio consistió en la exención de su tarea nocturna: poner la mesa en la cena. Me encargué yo; también de fregar los platos, la tarea de Miguel. Los celos son duros como tenazas.

Ya está, ya me he vuelto a quedar sola. Marcos ha regresado al estudio a revisar unos planos y los gemelos a los juegos de la Play.

Tan difícil es ver que estoy trizada por el miedo, que mi piel sin horas tiembla a cada parte de noticias.

Soy una gata, acaríenme. ¡Miau, miau!

15. EL SINTROM

Es su desayuno de toda la vida: una taza de café con leche, cinco galletas María, medio aguacate y cinco almendras. Alcanza todo con parsimonia, la prisa se ha rendido.

En fila india coloca las pastillas sobre el mantel de hule de cuadros rojos y blancos. Se han cambiado por viejos, pero desde siempre mi madre ha vestido la mesa de la cocina con un mantel de hule de cuadros rojos y blancos.

El Sintrom encabeza la fila, es su ojito derecho desde que tuvo el infarto y el cardiólogo se lo recetó como su futuro seguro de vida. Le licúa la sangre y no es una metáfora romántica.

Lo siguen el Propanolol para rebajar la frecuencia cardiaca. Confirmando que el amor no se encuentra en el corazón; el que aún esgrime mi madre nunca se ha enlentecido por mucho Propanolol que se ha tomado.

Luego se sitúan la Atorvastatina para el colesterol, el Candesartán para la hipertensión y el Dianben para el azúcar. Un trío de ases, una auténtica delantera de lujo.

Aún le falta el Lorazepam; pero lo deja para la noche, media pastilla para dormir. Lo guarda como oro en paño. Al morir mi padre experimentó la infinitud del insomnio.

Por nada del mundo ha querido venirse a casa. Que no, que ella está bien en la suya y que no le hace falta el Internet.

No enciende ni la tele. No se aburre, repasa los álbumes de fotos de la familia; cada foto es un cuento.

Se enfadó tanto la última vez que ya no subo. Vive en un tercer piso sin ascensor, así que ha ideado el método de recoger lo que le llevo con una bolsa atada a una soga. No pide nada salvo sus medicamentos; en especial, su predilecto. «No te olvides del Sintrom».

Hoy he ido a la farmacia y me he sobrecogido. Entramos de uno en uno, el mostrador es una burbuja de plástico. Coloco sobre la mesa la tarjeta sanitaria de mi madre. El Sintrom no está activado, falta más de una semana.

Llego desalada a la acera, mi madre ya empieza a bajar la bolsa. Le grito que no me dieron el Sintrom. «No te preocupes, mi hija». Se ríe y me enseña una caja: «Todavía tengo uno sin estrenar».

16. LA PELUQUERÍA

Yo entendí perfectamente que dejaran abrir las peluquerías, a ver qué iba a hacer con mi pelo todos estos días sin salir de casa. Nada, se lo tomaron a risa y las cerraron; un desprecio más a la estética.

Que los poemas de Benedetti y de Galeano son hermosos y endulzan estas horas no alberga dudas, mis canas de dos dedos de ancho sí las expresa.

Alberto se quiso portar como un caballero y la pifió. Dijo que no se había fijado en las canas, que no se había dado cuenta. Una mentira piadosa que no le admito. Si me quiere engañar, que me diga bella sin más.

He estado ocultándolas con una cinta de *gym*, pero falta poco para que ni esta las disimule; son agraces juncos albos que van creciendo.

Mi hermana me dice que me dé un tinte. Para ella es fácil decirlo; es viuda, vive sola sin gatos ni perros. Siempre me han teñido en la peluquería, no sé ni la marca ni el número.

Al final compré *on line* tres tintes: caoba fuego, caramelo miel y negro ébano. Me decidí por el último. Hice el baño un estropicio, hasta la vasija está betunada.

Me veo de lo más rara. Llevo dos horas peinándome; me lo aliso, me lo ahueco. No encuentro la armonía, no soy una artista.

Alberto se quiso portar como un caballero y la pifió de nuevo. Me dijo que me dejara las canas, que me embellecía el blanco. Erró en no percatarse de mi melena negra. Si me quiere engañar, que me iguale con Liz Taylor en *Cleopatra*.

17. QUINIENTOS EUROS

Es la ley de la oferta y la demanda. Los precios se han disparado y Valentina se aprovecha de ello. Es el suyo un oficio de riesgo. Ejerce de hetaira o de puta, como el cliente decida.

Su proxeneta no es mala gente, la cuida. No la ha obligado a prostituirse estos días, solo le ha informado de los precios que se están pagando «Una fortuna, nena; los coños se cotizan al alza».

Quinientos euros por hora en el domicilio del putero, cuatro veces más de su tarifa habitual. El vidrio al rojo vivo que es el sexo ha enloquecido, es un gallo que se sube por las paredes con un fajo de billetes en el pico.

Le da al taxista la dirección. No hay más palabras en la carrera, son dos profesionales. Las miradas de ambos se evitan; el taxista no quita ojo de la carretera y Valentina se revisa las uñas rojas, siempre rojas.

Toca el porterillo, la llamada es respondida al instante, la urgencia se abre paso. El aire del piso está molido por el deseo, lo huele y lo reconoce como un aroma cotidiano. La ha esperado en chándal.

Sobre una cómoda el sobre con los quinientos euros, Valentina lo abre y cuenta el dinero. Ahora sí, ahora melifica su voz y se apresta a bajarse la cremallera de su falda de cuero amarillo ocre.

Cuando terminan, el cliente se queja solo de la mascarilla y los guantes. Le hubiera pagado quinientos euros más si se hubiera desprendido de ellos, pero Valentina se negó en redondo: «Hetaira o puta, pero con protección».

18. ROBINSON CRUSOE

Nada más lejos de ser un marino como Robinson Crusoe, la mayor parte de mi vida se ha sustanciado en este pueblo del interior donde habito, entre casas añejas y olor a fragua.

Marcelo, el herrero, ha cerrado las puertas como todos; pero no se está quieto, se oyen los martillazos que da al yunque. Son tercetos, el martillo y Marcelo. Hay pocas bestias, pero aún se necesitan herraduras.

Cuando Aurora murió ya los niños se habían marchado. Leandro había aprobado el MIR y estaba de residente de neurocirugía en Zaragoza; Emilio ya llevaba más de dos años de guardia civil en Ribadesella.

Pensé irme yo también, la casa se me hacía muy grande y el eco de Aurora sonaba tan fuerte que llegaba a lastimarme. En la escuela corrió la voz de que aquel iba a ser mi último curso en el pueblo.

Fue entonces cuando llegó Fakhir. Se hacía entender en castellano, pero me propuse que lo aprendiera a hablar y escribir bien. La lengua es una herramienta muy útil, tanto o más que el martillo de Marcelo.

Huyó de Siria. Llegó al pueblo por trabajo tras una odisea, Ulises también cruzó el Mediterráneo. A Fakhir no lo recibió ninguna Penélope.

En la ciudad sobrevivió limpiando coches. Se pegaba con

otros emigrantes por un Seat Ibiza o un Opel Corsa. Huyó de la ciudad.

En el pueblo la crisis no ha acabado; los jóvenes siguen emigrando como las cigüeñas en invierno, dejando atrás los álamos y sus riberas.

Fakhir llegó a la escuela y pidió comida. En la pizarra dibuja el recorrido de su viaje, las tizas de colores se entrecruzan con la policromía de las alfombras sirias.

Lo llevé a casa, se prestó a hacer la cena. Insistió. En apenas una hora cenamos falafel y tabule. El té con menta llenó el comedor de los efluvios de *Las mil noches y una noche*.

Le ofrecí compartir conmigo mi casa y mi hacienda. Marcelo ya lo deja golpear el yunque, está aprendiendo. Estos días se le hace difícil no bajar a la fragua.

En la isla inaudita en que se ha convertido la casa, no sé si soy yo Robinson Crusoe y él es Viernes; o viceversa.

19. VENEZIA

La Plaza de San Marcos está desierta, su geométrico pavimento se alivia del peso que los viandantes le infligen. Este año no la pisaran treinta millones de turistas.

La Basílica está vacía, su Campanile observa hasta Murano una quietud que le es ajena desde la Edad Media.

Los guanches, que en honor del mencey Bencomo dan la hora en la Torre dell'Orologio, extrañan el vocerío extinguido. En el silencio, su toque en la campana parece extenderse hacia las lejanas Islas Afortunadas.

Las góndolas están varadas. No están los gondoleros de las películas americanas con sus camisas de rayas horizontales. No se escucha cantar *O sole mio*, que es una canción napolitana.

El 2 de marzo el cuarteto de cuerda Dafne tocó ante el patio de butacas desierto de La Fenice. El concierto se retrasmitió en directo por *Youtube*. Los aplausos fueron virtuales e infinitos.

El Carnaval se suspendió dos días. Arlequín, Colombina, Pierrot, Pantolone y Polichinela se han encerrado en sus casas antes de tiempo; pero continúan disfrazados y con la pintura en sus caras.

Y mientras tanto, la fetidez de los canales ha desaparecido. La ciudad ha recuperado el olor a mar del que se había

olvidado; los bigoli en salsa se aroman con ese olor salino.

Las aguas de Venecia vuelven a ser cristalinas. Desde el Puente de Rialto se pueden ver los peces enneguecidos por una luz perdida, la luz de los óleos de Canaletto.

20. EL ENTIERRO

Anónimo murió ayer al mediodía en el hospital. Había ingresado en la UCI cuatro días antes. Su insuficiencia respiratoria se había agravado.

Su mujer se lamenta de no haberle dejado fumar antes de ir a urgencias los cigarros que tenía escondidos en el cajón de los calzoncillos.

Ha causado una gran conmoción su muerte. Anónimo siempre tuvo un gran afán de servicio público, llegó a ser concejal del ayuntamiento. Ahora era presidente de la comunidad de vecinos.

Por otro lado, Anónimo fue un hombre muy guapo y mujeriego. Es *vox populi* que, además de sus cuatro hijos legítimos, tiene tres fuera del matrimonio. No se puede negar, son un calco del padre.

El oficio de cartero era pintiparado a su extrovertido carácter. Lástima que llevara tan mal la hinchazón de los pies, que se le abombaron como melones.

Eran muy celebradas las bromas de Anónimo, se reía hasta de su sombra. Cuando la quimio, mantuvo el tipo y no hubo día en el que no contara un chiste malo.

A pesar de su jocosidad, Anónimo pecaba de ser previsor. Lo ha sido hasta en las últimas estancias, dejó en la recepción de urgencias una carta sellada en caso de fallecimiento.

Sobre su rúbrica, Anónimo solicita que los tres acompañantes que asistan a su entierro sean: su esposa, el secretario de la comunidad de vecinos y uno de sus tres hijos bastardos, el cartero.

21. CIFRAS

En la Antigüedad ya los chinos sabían de los principios matemáticos de la música, mucho después lo confirmaron las sonatas de Mozart.

La realidad se expande a través de números, no hay hecho que no pueda ser interpretado por una formulación matemática. El amor, por ejemplo; si no es egolatría, exige más de uno.

Las matemáticas se hallan también en la naturaleza. No solo habitan en las operaciones de los planos arquitectónicos de las catedrales y las pirámides.

El número áureo Phi, la divina proporción, se vislumbra en el diseño nervoso de las hojas de los árboles y en las espiras de la concha de los caracoles.

En la caída de los universos de agua en las cataratas se observan patrones fractales, dicen que son las almas de las figuras geométricas.

El romanesco es una coliflor principesca de cuento de hadas, un verde cono engalanado del rococó francés que también se sustenta en el fractal.

Hoy, 3 de abril, la cifra de muertos en España ha ascendido a más de diez mil. 10 003 para ser exactos, las matemáticas son las ciencias exactas.

Es más fácil decir una cifra que nombrar a los muertos. Para llegar a ese número primero murió una persona con

nombre y apellidos; luego otra, después otra, y más tarde otra, y así hasta la última.

En la Guerra Civil murieron quinientos cuarenta mil (540 000). No es una cifra exacta, perdón por la inexactitud matemática. Deberían también nombrarse de uno en uno.

En cualquier caso, la comparativa de las cifras duplica el dolor. Me duelen aquellos muertos, pero estos son tan próximos...

EPÍLOGO

«Un asesino anda suelto en las calles, su crueldad no conoce límites». Así comienza “La casa amurallada”, el primero de los veintiún cuentos breves que componen esta obra a la que da título. Ese asesino ha cercenado miles de vidas y nos ha mostrado lo vulnerables que somos; pero también nuestro grado de resistencia. El coronavirus ha puesto a prueba al mundo; lo está evaluando con una altísima exigencia, tanto que ha convertido nuestra realidad en una ficción dantesca.

En estos tiempos en los que, afortunadamente, constatamos la labor heroica de los colectivos que luchan a pie de obra contra la enfermedad, a la mayoría nos corresponde quedarnos en casa, en la casa amurallada. Estos cuentos breves son veintiún testimonios que reflexionan sobre este confinamiento desde la tristeza, el miedo; pero también el humor y la esperanza. Solo quiero con ellos contribuir a aliviar este periodo cercado por ese asesino. Espero que muy pronto se le detenga. Le deseo la muerte.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Francisco J. Quevedo García (Las Palmas de Gran Canaria, 1963). Profesor Titular de Literatura Española en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Dentro de la creación literaria ha publicado las novelas *Las Palmeras* (Tenerife, CajaCanarias, Colección «La Caja Literaria», 2002), *El dulzor de la tierra*, Premio Benito Pérez Armas 2005 (Tenerife, CajaCanarias, 2007; 2ª ed., Las Palmas de Gran Canaria, Cam-PDS Editores, 2015), *Recuerdo azul* (Las Palmas de Gran Canaria, Domibari, 2007), *El tatuaje de Penélope* (Cam-PDS Editores, 2016) y los relatos infantiles *La noche de fuego* (Cam-PDS Editores, 2009) y *Robo a mono armado en el museo Néstor* (Cam-PDS Editores, 2017).

Este ejemplar es el primer ebook de la colección Diario de una cuarentena publicada por CanariaseBook en el Estado de Alarma.

Se terminó de editar
el 16/04/2020.

EDICIÓN
NO
VENAL